

# ■ GALDÓS FRENTE A LA HISTORIA ■ EN LOS *EPISODIOS NACIONALES* Y LAS NOVELAS CONTEMPORÁNEAS

Geoffrey Ribbans

Ampliamente reconocida es la trascendencia que para Galdós tiene la historia. No menos importante es el tratamiento distinto que el novelista canario proporciona a ésta en las novelas contemporáneas y los episodios nacionales. Acaba de salir en inglés un extenso libro mio<sup>1</sup> acerca de este complejo tema, y conviene también tener en cuenta la estimulante colección *Galdós y la historia*, editada por Peter Bly<sup>2</sup>, además de los muchos estudios perspicaces sobre una u otra forma literaria, entre los cuales yo destacaría los de Hinterhäuser, Dendle, Bly, Gilman y Urey<sup>3</sup>. En esta ponencia sólo cabe ofrecer algunos ejemplos representativos de estas diferencias —de densidad, de enfoque y de perspectiva narrativa—, fijándome especialmente en aquellos incidentes históricos que son comunes a los dos géneros y ciñéndome a una época limitada, «el sexenio revolucionario» de 1868 a 1874.

Primero, hay que notar que la técnica narrativa de las novelas difiere de modo sustantivo de la de los episodios. En aquéllas —salvo en el caso de las narradas en primera persona— existe una distancia cronológica muy apreciable —al menos diez años— entre el tiempo de la acción y el de la narración, a la vez que éste coincide con el momento de composición. De este modo, el lector acompaña, para decirlo así, al narrador en sus actitudes —sin compartirlas necesariamente, por cierto— frente a unas situaciones ya no inmediatas. En los episodios, en cambio, se desarrollan simultáneamente la acción y la narración, pero la fecha de composición viene mucho más tarde. Estamos, por tanto, frente a una

<sup>1</sup> *History and Fiction in Galdós's Narratives*. Oxford, Oxford University Press, 1993, 310 págs.

<sup>2</sup> Ottawa Hispanic Series: Doverhouse, 1988.

<sup>3</sup> HINTERHÄUSER, HANS, *Los Episodios nacionales de Benito Pérez Galdós*. Madrid, Gredos, 1963; DENDLE, BRIAN, *Galdós: The Mature Thought*. Lexington, University Press of Kentucky, 1980; BLY, PETER A., *Galdós' Novel of the Historical Imagination: A Study of the Contemporary Novels*. Liverpool, Francis Cairns, 1983; GILMAN, STEPHEN, *Galdós and the Art of the European Novel, 1967-1887*. Princeton. Princeton University Press, 1981; UREY, DIANE F., *The Novel Histories of Galdós*. Princeton, Princeton University Press, 1989.

reconstrucción histórica del pasado que se desarrolla ante nuestros ojos. Además, el narrador de éstos suele ser un personaje destacado en la acción, si bien siempre ficticio —Beramendi, Santiuste, Halconero—, mientras que en las novelas el narrador, sin ser oculto, es siempre anónimo; suele ser amigo o compañero de los personajes, no muy destacado, pero sí enterado de lo que pasa. Finalmente, importa señalar que en las novelas contemporáneas lo que se ha llamado *la historia grande* —los notables acontecimientos externos— tiene poca importancia comparada con *la historia pequeña o chica*, es decir, los incidentes cotidianos que revelan el espíritu de la época.

En cuanto a la presencia de la historia en las novelas, éstas utilizan las peripecias históricas para ciertos fines determinados que podrán clasificarse en tres grupos. La primera categoría será la de los resúmenes históricos que relacionados con algún personaje ficticio dan al lector una síntesis esquemática de algunos acontecimientos esenciales más o menos recientes. La segunda categoría consiste en los incidentes de cierto relieve desarrollados dentro de la actualidad de la trama novelesca. Incluye tanto los casos de amplios paralelismos establecidos entre personajes de las novelas y los grandes movimientos históricos, como el vaivén entre revolución y orden, que desemboca en una Restauración, en la vida privada de Juanito Santa Cruz y la vida pública de España, como el aludir de paso a algún personaje histórico para fijar bien un momento, definir una actitud política o social determinada o enlazar alguna circunstancia política con otra particular. Mi tercera categoría es la que se refiere a acontecimientos de importancia pero definitivamente situados en el pasado; éstos ya no forman parte de ninguna secuencia cronológica que esté en marcha; son, al contrario, episodios aislados, congelados, que proceden del pasado irrevocable, que podrán tan sólo servir de modelos, advertencias o justificaciones de alguna acción que está desarrollándose.

En contraste con las novelas, los episodios se proponen trazar con cierta coherencia y continuidad una sucesión de acontecimientos externos en el momento en que éstos tienen lugar, se nos presenta a las figuras históricas actuando en el presente —su presente— y sujetas así a los apremios e incertidumbres del momento. Dentro de esta esfera así delimitada tienen un evidente propósito didáctico de suplir datos y de estimular a los lectores a que mediten sobre los problemas del pasado inmediato. Se acude al empleo consistente y meticuloso de detalles históricos que se funden con incidentes ficticios para ofrecer un panorama convincente de la vida colectiva en un período específico; ahora reviste más importancia *la historia grande*, sin excluir que *la historia chica* tenga un papel muy sustancioso, si bien en última instancia queda supeditada a aquélla. Se disminuye asimismo el grado de selección que se permite al autor; éste no puede pasar por alto sucesos decisivos ni saltar sin justificación de un período a otro, limitaciones que por otra parte no atañen a las novelas contemporáneas. Todo lo cual no elimina por su-

puesto los problemas inherentes al discurso narrativo, pero si les da una orientación muy distinta.

Mérito esencial de los episodios, al que, a mi ver, importa dar especial relieve por reflejar una preocupación fundamental galdosiana, es la amplitud de puntos de vista a que da cabida: es lo que Dendle llama su «proteísmo» (200). Galdós se afana, sobre todo, por medio de personajes ficticios cuidadosamente concebidos y superimpuestos sobre las situaciones reales, por ofrecer un anchísimo espectro de opiniones sacadas de la escena contemporánea. Se trata, no sólo de las direcciones que por fin saldrán triunfantes, sino de todas las opciones posibles entre las cuales los participantes de la época tienen que escoger, sin saber lo que será el resultado de sus acciones.

Veamos ahora unos casos específicos. La Revolución Gloriosa de septiembre de 1868 constituye el desenlace de *La de Bringas*, cuya acción novelesca está confinada geográfica y espiritualmente al Palacio Real. En los últimos capítulos presenciamos el rápido desmoronamiento de un estilo de vida relacionado con la soberanía de Isabel II, sin la acumulación de las menudencias imprescindibles en un episodio. A este fin, o fin aparente, de una dinastía y de un sistema surgen varias actitudes divergentes. Primero, el convencimiento apocalíptico de Bringas, cómicamente exagerado, de que todos los valores tradicionales se han ido a pique y que las guillotinas se erigirán en las calles. Segundo, el ademán expectante y casi gozoso de Paquito Bringas que ya se ha interesado, a despecho de su padre, por la revolución y por el krausismo. Tercero, la opinión de Doña Cándida, con la falta de consistencia que le caracteriza, de que la Reina no tiene que hacer más que presentarse en Madrid para disipar las fuerzas revolucionarias. Cuarto, la actitud cínica y acomodadiza de Pez y Rosalía, que buscan maneras de adaptarse convenientemente a las nuevas circunstancias, con la seguridad de que no va a haber para ellos grandes trastornos. En este sentido el mayor salto es el que da el anónimo narrador de la novela, que pasa de ser un amigo intrigante de Pez y de Bringas a encargarse de la administración del Palacio de parte de la Junta revolucionaria, pero que prudentemente acota el alcance de la protección, pagada desde luego con favores sexuales, que ha otorgado previamente a Rosalía.

La primera mitad de *La de los tristes destinos* demuestra en más detalle el proceso y la inevitabilidad del derrumbamiento de la monarquía. Las célebres palabras del dramaturgo y político Adelardo López de Ayala: «Esa señora es imposible», son repetidas a lo largo del episodio. Incluso el viejo Narváez, «con la revolución enfrente y la reacción detrás» (III, 689)<sup>4</sup>, según su conversación con Beramendi, se desespera de evitar el cataclismo. En la última entrevista prerevolucionaria que tiene con

<sup>4</sup> Todas las referencias remiten a la edición de *Obras completas*, ed. F. C. Sainz de Robles. Madrid, Aguilar, III, 1968; IV, 1964; V, 1961. Se indican el tomo y las páginas en paréntesis después de cada cita.

la Reina, Beramendi le profiere una serie de reproches y advertencias mudos sobre la política absolutista y clerical a que tan sin juicio se ha dejado llevar, aquí flaquea un poco, a mi ver, el criterio novelesco: todo resulta algo artificial y pegadizo. Suceden las muertes de O'Donnell y Narváez, «los dos puntales de la Monarquía», y la reina nombra a González Bravo: «Fue un ademán de suicidio» (III, 732), comenta el narrador.

La esencia de la trama es que corren parejas la historia de la inminente revolución y la vida privada de Santiago Ibero. Este, conspirador revolucionario, emigrante con Ruiz Zorrilla, Prim y Sagasta a Francia e Inglaterra, y nuevo amante de Teresa Villaescusa<sup>5</sup>, una de las figuras más fascinantes de todos los episodios, busca a su querida en el Palacio Real en el momento en que entran atropelladamente las fuerzas revolucionarias. Allí presencia la gallarda hazaña de Casimiro Muñoz, humilde cajista, que gracias a haberse puesto sus mejores trapos —levita y chistera— puede asumir la dirección de la Junta revolucionaria y salvar de saqueo el Palacio; el contraste con el narrador-funcionario oportunista de *La de Bringas* es patente. Allí, entre los lujosos aposentos, Ibero sueña con encontrar a la figura paralela, pero éticamente superior, a la reina expulsada que es Teresa Villaescusa, con quien se reúne finalmente. Es significativo que esta pareja irregular, que sin duda representa lo mejor del país, decida dejar España, abandonando así la vida pública en favor de la felicidad privada; al contrario de su ingenuo amigo Vicente Halconero, A Santiago no le satisface ni siquiera la nueva perspectiva, ilusoriamente esperanzadora, que ofrece la Gloriosa. Permanece Halconero en España, y llegará a experimentar en episodios siguientes todas las incertezas y todos los desalientos de la Revolución para acabar —con tantos— aceptando la acogedora Restauración. Galdós sabe muy bien en 1907 que la revolución tan llevada y traída no será, algunos adelantos constitucionales aparte, más que un desplazamiento momentáneo y parcial del poder, «un lindo andamiaje para revocar el edificio y darle una mano de pintura exterior» (III, 780), en palabras del loco inspirado *Confusio*, en este sentido Pez y Rosalía también llevan la razón.

Si la caída de la dinastía es ineludible, Galdós, de modo típico, no deja de apuntar las posibilidades de redención, por remotas que fueren, que subsisten. La más factible es la sugerencia de Beramendi de que abduque en favor del príncipe Alfonso, a la cual añade Eufrasia Carrasco que le incumbe ir a Logroño a poner al nuevo Rey bajo la protección del anciano Espartero como regente. Es una idea que rechaza por humillante el amante de la Reina, Marforí. Galdós también apunta otras esperanzas políticas, como la posible sucesión de Montpensier, apoyado por Angel Cordero. Se fija mucho, además, en la crianza, descuidada y mal sana, del joven príncipe Alfonso, presenciada por el hijo de Beramendi,

<sup>5</sup> Véase mi ponencia «Una creación galdosiana —Teresa Villaescusa— entre la historia y la ficción», *Actas del Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Irvine, CA 1992), ed. Juan Villegas, 5 vols. II: 107-15.

quien hace la afirmación contundente —fácil empleo de la percepción posterior— de que este joven regresará como rey (III, 778). Y no falta la progresiva elaboración de la *historia lógico-natural* de *Confusio*, que constituye una construcción ideal de lo que España pudiera haber sido. aspecto estudiado en cierto detalle en mi libro<sup>6</sup>.

Es natural que el nombre de Juan Prim, jefe de las fuerzas progresistas, que no sólo llevó la dirección de la Revolución de Septiembre sino que ejerció una autoridad rayaba en dictatorial hasta su asesinato en diciembre de 1870, resuene con frecuencia en las novelas. En *Fortunata y Jacinta*, Prim viene incluido en la lista de Estupiñá de los que protagonizan los acontecimientos históricos presenciados en un balcón; es el personaje que «en fecha cercana» iba «diciendo a gritos que se habían acabado los Reyes» (V, 167); se trata de nuestra primera categoría.

El problema más inquietante que aqueja a Prim es el de la sucesión a la corona vacante, problema que va prolongándose en una peligrosa interinidad. En un novelado único que se requiere es una rápida sinopsis de las opciones según las normas establecidas antes en nuestra segunda categoría. Tal técnica telescópica se realiza en *Fortunata y Jacinta* mediante la caracterización de Juanito Santa Cruz. Además de subrayar la poca seriedad personal y política de este individuo se ofrece a los lectores un breve resumen de los candidatos esenciales: Montpensier, Amadeo, la República, Alfonso.

Juan era la inconsecuencia misma. En tiempos de Prim, manifestóse entusiasta de la candidatura del duque de Montpensier... Vino Don Amadeo y el *Delfin* se hizo tan republicano que daba miedo oírle... Pues, señor, vino el 11 de febrero - fecha de la abdicación de Amadeo y la proclamación de la República— y al principio le pareció a Juan que todo iba a qué quieres boca... Pero a los dos meses, las ideas pesimistas habían ganado ya por completo su ánimo: —Esto es una pillería, esto es una vergüenza... Por graduaciones lentas, Juanito llegó a defender con calor la idea alfonsina... (V, 85-86).

En el episodio correspondiente, *España sin rey*, presenciamos, en la figura extravagante de don Wifredo de Romarete, las pretensiones ingenuas, anacronísticas y siempre risueñas del carlismo, la única fuerza política no abrazada por Juanito, pero sí por Juan Pablo Rubin, en esta misma novela. Se patentiza el fracaso de las ambiciones de Montpensier, representadas por el oportunista Juan de Urrics, cuando el pretendiente mata en un duelo al infante don Enrique de Borbón. En *España trágica* se nos demuestra lo seductoras que son las ideas federales para personajes tales como Haiconero y García Rajardo. Vemos asimismo cómo los federales, individualistas a ultranza, tienen la imprudencia de distanciarse del único jefe progresista que abriga posibilidades de éxito: Prim.

El asesinato de éste recibe, como merece, particular atención, desde múltiples puntos de vista. Es significativo que doña Isabel Cordero mue-

<sup>6</sup> Chapter 7: «The Idealistic Reconstruction of History», *History and fiction...*, 227-45.

ra al mismo tiempo que Prim, justamente cuando ha conseguido el triunfo de casar a su hija con Juanito Santa Cruz. Así es que el joven matrimonio se embarca en su vida conyugal al inaugurarse el período turbulento, a caballo entre el orden y la revolución, que sucede al asesinato. Y en *La desheredada*, su nombre se evoca heroicamente («¡Soy Prim!») entre la pillería de la calle, cuyos juegos guerreros, protagonizados por Mariano, acaban en la muerte. Más tarde, José de Relimpio presencia la decisión de Isidora de emprender una vida de deshonra en brazos de Joaquinito Pez en aquel mismo lugar —esquina de la calle del Turco— donde Prim fue matado a tiros: «aquella pared donde a balazos estaba escrita la página más deshonrosa de la historia contemporánea» (IV, 1060): la *historia grande* y la *historia pequeña* se entrecruzan y se entrepennetran, iluminándose mutuamente pero sin identificarse del todo<sup>7</sup>. Se recuerda, además, el vehemente *jamás* tres veces repetido que Prim pronunció contra toda restauración borbónica en la reunión de las Cortes llamada *de los jamases*. Esta declaración encuentra eco en la boca de doña Lupe, cuando la profiere, con poco incongruencia, como si Prim viviera aún, como muestra de la falibilidad humana. «Ya te he dicho» —afirma a Maxi— «que no es prudente soltar *jamases* tan a boca llena sobre ningún punto que se refiera a las cosas humanas. Ya ves el bueno de don Juan Prim qué lucido ha quedado con sus *jamases*» (V, 361). El hecho es que ni la negativa de ultratumba del general reusense ni la de Maxi vale para el caso: la restauración —doméstica en la novela, política en la esfera pública— se efectúa a pesar de todos los *jamases*. Estos son ejemplos de la tercera categoría de sucesos históricos: sucesos que se contemplan a cierta distancia, arrancados del pasado inmediato, que sirven para ilustrar o justificar algún gesto de la actualidad. En cambio, en una compenetración entre las esferas real y ficticia que caracteriza la segunda categoría, Bringas acoge con júbilo la noticia —falsa, si bien anticipa su asesinato dos años después— de que en el tumulto de 1868 había muerto Prim.

El episodio *España trágica* trata de un modo mucho más consecuente el asesinato como suceso contemporáneo. Utiliza a Halconero como focalizador y sostiene cierta ambivalencia en cuanto al autor de la fechoría, hasta el punto de quitar importancia a las pruebas contra Paúl y Angulo, el más sospechoso. Lo urgente para Galdós no es ofrecer una solución sino mantener indeterminado el asunto tal como lo era para los coetáneos. Lo que sí establece es una especie de responsabilidad colectiva de los españoles, que parecen víctimas de una locura de masas. Así, según García Fajardo, España ha encontrado un héroe trágico «para dar cumplimiento al trágico designio de la fatalidad histórica... Y ésta nos dice con acento de oráculo infalible: ¡Españoles, matad a Prim!» (III, 975).

<sup>7</sup> Gilman (105) hace una completa identificación —que no comparto— entre Isidora y España.

En el episodio no existe duda sobre la importancia de la desaparición del caudillo, como no lo había para José de Relimpio o don Baldomero. Ya el coronel Santiago Ibero había afirmado que «Prim era la clave de la libertad y del porvenir de España... si aquel hombre faltase, volveríamos, tarde o temprano, al reino de las camarillas...» (III, 945). La conclusión del episodio viene a afirmar lo mismo: Prim era «la puerta de los famosos *jamases*», el único baluarte contra el regreso de «seres e institutos condenados a no entrar mientras él viviera» (III, 1008), o sea, contra una restauración dominada por el clero. El epitafio que se le da —demasiado explícito, de boca del narrador— al principio de *Amadeo I* subraya tanto su poder como su capacidad de tomar una postura mediana, cortando las alas a la revolución a la vez que resiste las fuerzas de la reacción: busca «una monarquía democrática, como artificio de transición, o *modus vivendi*, hasta que llegara la plenitud de los tiempos» (III, 1011). Para Galdós, hacia 1909, Prim era la llave indispensable para mantener vivo algún destello de la revolución.

Los sucesos clave que preceden el nuevo orden de la Restauración se presentan claramente en las novelas contemporáneas, especialmente en *La desheredada* y *Fortunata y Jacinta*. En la primera las «Efemérides» de José de Relimpio sintetizan rápidamente los acontecimientos principales tanto en la esfera política como referentes al cantonalismo y a la renovada guerra carlista, temas que se desarrollan en más detalle en los últimos episodios nacionales. Destaca asimismo en esta novela uno de los sucesos más curiosos del breve reinado de Amadeo. Se trata del llamado incidente de las *mantillas blancas*, en el que las señoras alfonsinas hacen alarde de su españolismo vistiéndose de manolas y mofándose del rey extranjero. Se utiliza el incidente no sólo para patentizar lo precario de la dinastía saboyana sino para poner de manifiesto dos facetas típicas de Isidora: su apego flamante a la ostentación externa y su respeto *a priori* a la jerarquía reinante, sea amadeísta o alfonsina. En el momento de la abdicación de Amadeo, Isidora, dolida por su rechazo por la marquesa de Arensis, se identifica con este suceso de un modo sutil y ambivalente. Por una parte, abraza amargamente la idea de renuncia («ella también despreciaba una corona. También ella era una reina que se iba» (IV, 1058)) y por otra se regocija por despecho en la destrucción del orden establecido que le ha menospreciado.

Punto común entre *Fortunata y Jacinta* y *Amadeo I* es el célebre pronunciamiento de Pavía, que al entrar con la tropa en el Palacio del Congreso destruye la República. La interpenetración entre este suceso tan dramático y la reaparición en Madrid de Fortunata constituye uno de los puntos álgidos de la novela realista: historia y vida privada se tratan como dos caras de una misma realidad. En cambio, la atención detallada que se presta al golpe de Pavía en *De Cartago a Sagunto*, si bien en algunos aspectos no deja de ser viva y consecuente, peca de una estructura narrativa hartamente artificial, de una tendencia moralizadora demasiado evidente y de un afán desmedido de acumular nimios detalles.

Finalmente, la Restauración misma. Cabe señalar una extraordinaria anticipación de este acontecimiento decisivo en *Fortunata y Jacinta*. Durante la luna de miel del joven matrimonio Santa Cruz en mayo de 1871, ellos pasan por Sagunto. Jacinta no demuestra apenas interés: «¡Ah! Sagunto; ya ... un nombre. De fijo que hubo aquí alguna marimorena. Pero habrá llovido mucho desde entonces» (IV, 56-57). En efecto, mucho ha ocurrido desde el año 218 antes de Cristo, cuando Aníbal saqueó la población durante la segunda Guerra Púnica, pero es archievidente que no es este incidente el que le preocupa a Galdós, sino la «marimorena» moderna —el pronunciamiento de Martínez Campos que dio lugar a la Restauración— que iba a ocurrir *tres años más tarde*. Por otra parte, se evoca de manera brillante el ambiente de la Restauración en la descripción de una tertulia de café, donde prevalece «una confabulación tácita... por la cual se establece un turno en el dominio», de modo que «la mora pública es como una capa de tantos remiendos, que no se sabe ya cuál es el pano primitivo» (V, 29). En los episodios, en contraste, en una coyuntura histórica cuando hubiera sido especialmente grato disponer de una reconstrucción imaginativa de lo que iba sucediendo, el tratamiento de la historia, a partir de la muerte de Prim, sufre un radical cambio de enfoque, que a mi parecer padece de graves inconvenientes<sup>8</sup>. Se crea un nuevo protagonista. Tito, estrambótico y humorístico, y se abandona deliberadamente el realismo en favor de una tendencia alegorizante, para mí poco eficaz. Me falta tiempo ahora para entrar en este problema —para ello remito a mis oyentes a mi libro antes citado— pero confío que los ejemplos aducidos de las dos clases de narrativa histórica galdosiana sirvan a contribuir a elucidar las diferencias de orientación y de técnica que caracterizan el proceso de integración estructural en una y otra forma narrativa de la triste realidad histórica española del pasado inmediato.

<sup>8</sup> En este criterio disiento del estudio, por otra parte penetrante, de Diane Urey, citado en la nota 3. Véase también GULLÓN, Ricardo, «La historia como materia novelable», en Douglas M. Rogers (ed.) *Benito Pérez Galdós. El Escritor y la Crítica*. Madrid, Taurus, 1973: 403-26.